

Intervención del Vicepresidente de la Academia Nacional de Medicina

Académico Dr. Zoilo Cuéllar-Montoya

No es frecuente, ciertamente, que la vida nos permita –tras los numerosos años transcurridos– dar las gracias personalmente a quien tanto nos ha enseñado a tantos, no sólo en el ámbito de la ciencia, de la cirugía, de la atención hospitalaria sino, mucho más valioso aún, en una verdadera lección de vida, con su ejemplo de humanidad, de bonhomía, de disciplina, constancia y perseverancia, como lo ha hecho usted en el curso de su actividad docente ejemplar, Profesor Di Domenico.

Al mirar el azul de sus ojos me transporto en ellos a los vetustos corredores del Hospital de San José, a sus salas de cirugía o a los diferentes pabellones donde, a su lado, aprendíamos los diagnósticos diferenciales y, con posterioridad a la cirugía, el manejo de los delicados postoperatorios. Pero también, el carrusel de mis recuerdos recoge sus sabias decisiones, tanto cuando el sangrado a través de la herida suturada, después de 12 horas de cirugía -hoy hablamos del

punto de Di Domenico -, le hacía deshacer las suturas y casi recomenzar el procedimiento como cuando de cambiarnos de servicio a los internos se trataba. Usted, Profesor Di Domenico, sí que representa al verdadero maestro de los claustros universitarios de la Facultad de Medicina; usted logró, en forma superlativa, cumplir en nosotros con la misión de incrementar nuestro saber intelectual y, al mismo tiempo, crearnos, enriquecer y fortalecer una formación hipocrática integral.

Reciba usted, Profesor Di Domenico, con el afecto del corazón y las luces del entendimiento, un perenne reconocimiento a su labor docente, magistralmente cumplida con generaciones enteras de discípulos, y un agradecimiento imperecedero de todos nosotros, sus alumnos, por quienes tanto dio y en quienes –puede usted estar seguro– quedó esa impronta imborrable que sólo los verdaderos maestros son capaces de plasmar en quienes tuvieron la inmensa fortuna de recibir sus lecciones.

Intervención del Profesor Juan Di Doménico

La emoción que me embarga ahora es igual a la que tuve el primer día de clases, es una emoción profunda porque la enseñanza y la docencia han nacido conmigo.

Recuerdo que mi maestro me decía que tenía las manos y la interpretación de un concertista. Mi papá que era práctico y objetivo me dijo: Juan los músicos se mueren de hambre es mejor que tomes una profesión, y así fue; tomé la medicina por obediencia.

Mi papá fundó una compañía cinematográfica que manejó con todos mis familiares, primos hermanos, cuñados, que lo acompañaron toda la vida. Merece una mención especial porque ha sido un pionero en Colombia desde los primeros años del siglo XX hasta cuando fue enviado como Cónsul Honorario de Colombia a Nápoles.

Realicé mis primeros años de estudio en la Escuela Ricaurte de la que era rector el Padre Gómez. Allí fue mi condiscípulo el Dr. Alberto Lleras Camargo.

En el Gimnasio Moderno tuve contacto con el Dr. Alfonso López Michelsen quien fue mi condiscípulo.

Roberto Vergara, discípulo admirable y admirado, ha hecho un recuento muy preciso. Me siento muy honrado de la presencia de todos ustedes aquí. La reseña que ha hecho el Dr. Vergara de la parte de docencia ha tocado la fibra íntima de mi ser y la fibra íntima de lo que yo soy ante ustedes ahora y me ha hecho pensar que lo que hago, lo que he hecho siempre con cierta modestia, pero ahora a los 90 años la he perdido. Roberto ha mencionado toda mi trayectoria en Estados Unidos y mi trayectoria editorial. A este respecto tengo que hacerle una pequeña variación a lo que él dijo: en *The International Pediatrics*, revista que fundé en Miami y que tiene ya 18 años de existencia, de la cual soy editor emérito. En cuanto a Tribuna Médica debo aclarar que el cofundador fue el Dr. Juan Mendoza-Vega, no sólo yo; él era el Jefe de Redacción y montamos los machotes con recortes de periódico de la imprenta para poder sacar el primer número. Hago un reconocimiento muy grande por esa labor tan extraordinaria que el Dr. Juan Mendoza-Vega ha hecho por el periodismo médico.

Las diapositivas que he presentado me las preparaban los Drs. Salomón Hakim y Alejandro Jiménez Arango quienes eran preparadores de la parte quirúrgica, utilizábamos películas Kodak que se ponían entre dos vidrios. A ellos dos les debo mucho.

El Dr. Pantoja hizo mucho por la docencia de posgrado.

Recibí la máxima condecoración del Gobierno italiano.

En cuanto a las anécdotas de esgrima el Dr. Vergara pasó unas láminas para recordar que en esa época no se daban copas sino medallas y cuando en el podio, oía el Himno Nacional de Colombia sentía mucha emoción porque la música la escribió Oreste Sindici, italiano, y la letra Núñez, por eso sentía que ambos países estaban en mi corazón, en ese momento yo le rendía homenaje a Colombia y a Italia. Hace falta mencionar que nuestro ilustre Presidente, el Dr. Mendoza-Vega fue esgrimista y con él practicaba en el Salitre.

Fui alumno de las hermanas del Académico Almánzar de quienes recibí clases de piano, primero

con Herminia y después con Anunciación. Desde la edad de 7 años comencé a tocar piano y la primera vez que toqué fue en la casa de ellas interpreté el Alegre Labrador de Schuman y la segunda vez El Momento Musical de Schubert, en el Teatro Cinerama. El Concierto del Emperador fue mi despedida del teatro.

Al regresar a Colombia me dediqué con toda el alma a la enseñanza de la cirugía.

Estoy muy emocionado por la asistencia de todos ustedes y en especial con la presencia del Dr. Hernando Ordóñez porque ha venido aquí por amistad profunda. Un agradecimiento a mis hijos, Juan Francisco y Claudio Maurizio y a mis nietos porque ellos me han inspirado para seguir adelante y sobrevivir.

Tengo que hacer una mención especial a tres personas que me han acompañado durante mis quebrantos de salud: Gladys, Teresa y Claudia, sin las cuales no hubiera podido hablar ante ustedes con cierta fluidez y cierta conexión. Muchas gracias por haberme escuchado y un abrazo.